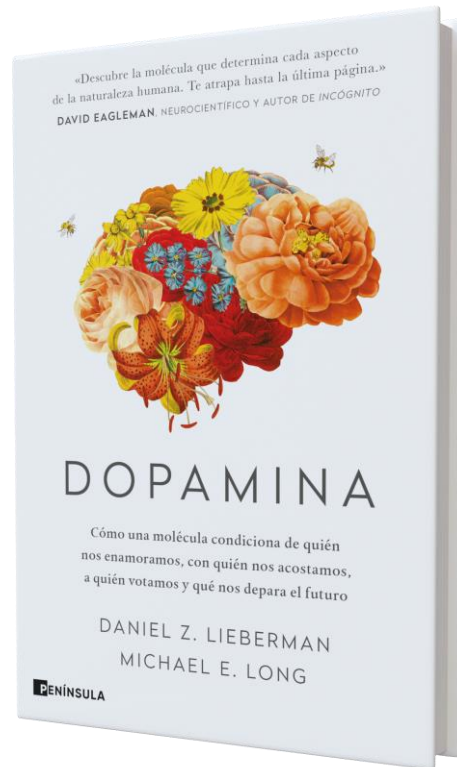


PENÍNSULA

**DANIEL Z. LIEBERMAN
MICHAEL E. LONG**

DOPAMINA

Cómo una molécula condiciona de quién nos enamoramos, con quién nos acostamos, a quién votamos y qué nos depara el futuro



Una historia de placer y euforia, amor y adicciones, locura y creatividad a través del prisma de la molécula que domina el mundo.

«Descubre la molécula que determina cada aspecto de la naturaleza humana. Te atrapa hasta la última página.»

David Eagleman, Neurocientífico y autor de *Incógnito*

A LA VENTA EL 29 DE SEPTIEMBRE

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

SINOPSIS

¿Por qué nos obsesionamos con las cosas que queremos y nos aburrimos cuando las conseguimos? ¿Por qué la adicción no es una cuestión moral? ¿Por qué el amor pasional se convierte tan rápidamente en desinterés? ¿Por qué casi todas las dietas fracasan? ¿Por qué vivimos pegados a las redes sociales? ¿Por qué algunas personas son liberales acérrimos y otras, conservadores extremos? ¿Cómo logramos mantener la esperanza, incluso en los tiempos más oscuros? La respuesta reside en una simple sustancia química de nuestro cerebro: **la dopamina**.

La dopamina es la sustancia que permitió que nuestros ancestros pervivieran. Hoy en cambio, es la responsable de nuestro comportamiento, adicciones y del progreso humano. Es la molécula del deseo, la que controla nuestros impulsos y la que nos incita a buscar siempre nuevos estímulos. La dopamina es la causante de que un trabajador ambicioso lo sacrifique todo en pos del éxito, o que pongamos en riesgo nuestra relación más preciada por una noche de sexo con un desconocido. Por un lado, nos sirve de motivación para superarnos a nosotros mismos. Por el otro, nos lleva a arriesgarlo todo y fracasar en el intento. Para la dopamina lo importante es conseguir algo, cualquier cosa, con tal de que sea nueva. Una vez tenemos claro el papel que juega en nuestra vida, podremos entender de una manera revolucionaria por qué nos comportamos como lo hacemos en el amor, los negocios, la política o la religión. Entender la dopamina nos ayudará a predecir nuestro comportamiento. Pero también el de los demás.

EL AUTOR



(c) Medical Faculty Associates

El doctor **Daniel Z. Lieberman** es profesor y vicepresidente del departamento de psiquiatría y ciencias del comportamiento de la Universidad George Washington. Es miembro de la Asociación Americana de Psiquiatría, ha recibido el Premio de Investigación de la Fundación Caron y ha publicado más de 50 informes científicos sobre ciencias del comportamiento. Ha trabajado sobre cuestiones psiquiátricas con el Departamento de Salud y Servicios Humanos, y el Departamento de Comercio, de los Estados Unidos y la Oficina de Política de Drogas y Alcohol. Lieberman se licenció en medicina y completó su formación psiquiátrica en la Universidad de Nueva York.

EXTRACTOS DE LA OBRA



Introducción ARRIBA VS. ABAJO

«Mira hacia abajo. ¿Qué ves? Las manos, la mesa, el suelo, tal vez una taza de café, o un portátil o un periódico. ¿Qué tienen en común? Son objetos que puedes tocar. Lo que ves cuando miras hacia abajo son cosas que están a tu alcance, cosas que puedes controlar ahora mismo, cosas que puedes mover y manipular sin planearlo, esforzarte o pensar. Tanto si se deben a tu trabajo, a la amabilidad de los demás o sencillamente a la buena suerte, gran parte de lo que ves cuando miras hacia abajo es tuyo. Son cosas que posees.

Ahora mira hacia arriba. ¿Qué ves? El techo, quizá cuadros en la pared, o cosas por la ventana: árboles, casas, edificios, nubes en el cielo; cualquier cosa que está lejos. ¿Qué tienen en común? Para alcanzarlos, tienes que planear, pensar, calcular. Aunque solo sea un poco, pese a todo exige algo de esfuerzo coordinado. A diferencia de lo que vemos cuando miramos hacia abajo, el ámbito de arriba nos muestra cosas en las que tenemos que pensar y trabajar para obtenerlas.

Parece sencillo porque lo es. Sin embargo, para el cerebro, esta distinción es la puerta entre dos modos sumamente distintos de pensar, dos modos muy diferentes de lidiar con el mundo. En el cerebro, el mundo de abajo está dirigido por un puñado de sustancias químicas, los llamados neurotransmisores, que hacen que sientas satisfacción y disfrutes de lo que tienes aquí y ahora. Pero cuando prestas atención al mundo de arriba, el cerebro cuenta con la ayuda de una sustancia química distinta, una única molécula, que no solo deja que te muevas más allá del ámbito que tienes a tu alcance, sino que también te motiva a perseguir, controlar y poseer el mundo que está fuera de tu alcance inmediato. Te impulsa a buscar esas cosas lejanas, tanto físicas como las que no puedes ver, como el conocimiento, el amor y el poder. Ya sea extender la mano para llegar al salero en la mesa, viajar a la Luna en una nave espacial o adorar a un dios allende el espacio y el tiempo, esta sustancia química nos permite dominar todas las distancias, tanto geográficas como intelectuales.

Esas sustancias químicas de abajo —las llamamos del “aquí y ahora”— te permiten notar lo que tienes delante de ti. Hacen que puedas saborear y disfrutar, o quizá luchar o escapar, ahora mismo. La sustancia química de arriba es distinta. Te hace desear lo que aún no tienes y te impulsa a buscar cosas nuevas. Te recompensa cuando la obedeces y te hace sufrir en caso contrario. Es la fuente de la creatividad y, más lejos en el espectro, de la locura; es la clave para la adicción y la vía para la recuperación; es el pedacito de biología que hace que un ejecutivo ambicioso lo sacrifique todo en busca del triunfo, que los actores, los empresarios y los artistas de éxito sigan trabajando mucho después

de conseguir todo el dinero y la fama que siempre habían soñado, y que un marido o una esposa contentos arriesguen todo al ilusionarse por otra persona. Es la fuente del innegable gusanillo que lleva a los científicos a encontrar explicaciones y a los filósofos a encontrar el orden, la razón y el sentido.

Por eso miramos al cielo buscando redención y a Dios; por eso el cielo está arriba y la tierra está abajo. Es el combustible para el motor de nuestros sueños; es la fuente de nuestra desesperación cuando fracasamos. Por eso buscamos y triunfamos; por eso descubrimos y prosperamos. Por eso no nos dura mucho la felicidad.

Para el cerebro, esta única molécula es el principal mecanismo polivalente, y nos insta, por medio de miles de procesos neuroquímicos, a dejar atrás el placer de la mera existencia y explorar el universo de posibilidades que llegan cuando las imaginamos. Todos los mamíferos, los reptiles, las aves y los peces tienen esta sustancia química en el cerebro, pero ninguno tiene tanta como el ser humano. Es una bendición y una maldición, una motivación y una recompensa. Carbono, hidrógeno, oxígeno y un átomo de nitrógeno; es simple en la forma y compleja en el resultado. Es la dopamina, y cuenta nada menos que la historia de la conducta humana.

Y si quieres sentirla en este momento, si quieres ponerla al mando, puedes hacerlo.

Mira hacia arriba.»



Toda una vida buscando a tu media
naranja y ahora que la has encontrado
¿por qué se apaga la llama?

En donde analizamos las sustancias químicas que hacen que quieras tener relaciones sexuales y enamorarte, y por qué, antes o después, todo cambia.

«Kathleen Montagu, una investigadora que trabajaba en un laboratorio del Hospital Runwell, cerca de Londres, descubrió la dopamina en el cerebro en 1957. Al principio, la dopamina se vio tan solo como un modo para que el organismo segregara una sustancia química llamada norepinefrina, que es como se llama la adrenalina cuando se halla en el cerebro. Pero los científicos empezaron a observar cosas extrañas. Solo un 0,0005 % de las células cerebrales segregan dopamina, una de cada dos millones; sin embargo, estas células parecían influir muchísimo en el comportamiento. Los voluntarios que participaron en las investigaciones sentían placer cuando se activaba la dopamina, e hicieron grandes esfuerzos para desencadenar la activación de estas células escasas. De hecho, en las circunstancias adecuadas, fue imposible resistirse al afán por activar la dopamina para sentirse bien. Algunos investigadores bautizaron a la dopamina como la

molécula del placer, y la vía que lleva a las células secretoras de dopamina a través del cerebro se denominó circuito de recompensa. La fama de la dopamina como la molécula del placer se consolidó aún más por medio de experimentos con drogadictos. Los investigadores les inyectaron una mezcla de cocaína y glucosa radioactiva, que permitió a los científicos entender qué partes del cerebro estaban quemando más calorías. A medida que la cocaína intravenosa hacía efecto, se les pidió a los voluntarios que valoraran el nivel de subidón. Los investigadores descubrieron que, cuanto mayor era la actividad en el circuito de recompensa de la dopamina, mayor era el subidón. Cuando el organismo eliminaba la cocaína del cerebro, la actividad de la dopamina disminuía y el subidón desaparecía. Otros estudios arrojaron resultados parecidos. El papel de la dopamina como la molécula del placer quedó demostrado.»

«[...] Otros investigadores trataron de repetir los resultados, y ahí fue cuando empezaron a ocurrir cosas inesperadas. Su razonamiento fue que es poco probable que las vías dopaminérgicas evolucionaran para alentar a las personas a consumir drogas. Seguramente las drogas estarían provocando una forma artificial de estimulación de la dopamina. Parecía más bien que los procesos evolutivos que empleaba la dopamina estuvieran impulsados por la necesidad de motivar la supervivencia y la actividad reproductora. Así pues, sustituyeron la cocaína por comida, esperando ver el mismo efecto. Lo que observaron sorprendió a todos. Fue el principio del fin de la dopamina como la molécula del placer.»

«[...] Descubrieron que la dopamina no tiene nada que ver con el placer. La dopamina proporciona una sensación mucho más influyente. Su conocimiento resulta ser la clave para explicar e incluso predecir el comportamiento en un impresionante abanico de actividades humanas: crear arte, literatura y música; buscar el éxito; descubrir nuevos mundos y nuevas leyes de la naturaleza; pensar en Dios... y enamorarse.»

«[...] ¿por qué se desvanece el amor? Nuestro cerebro está programado para anhelar lo inesperado y de este modo mirar hacia el futuro, donde empieza cualquier posibilidad emocionante. Pero cuando todo, incluido el amor, se vuelve algo conocido, ese entusiasmo desaparece y nos atraen otras cosas. Los científicos que estudiaron este fenómeno denominaron error de predicción de recompensa al runrún que obtenemos de lo novedoso, y significa precisamente lo que su nombre indica. Predicimos constantemente qué va a pasar: desde la hora a la que podemos salir del trabajo hasta cuánto dinero esperamos encontrar cuando comprobamos el saldo en un cajero automático. Cuando lo que sucede es mejor de lo que esperamos, es literalmente un error en nuestras predicciones de futuro: a lo mejor conseguimos salir antes del trabajo, o vemos que hay cien dólares más de lo esperado. Este error feliz es lo que pone en marcha la dopamina. No es ni el tiempo ni el dinero de más en sí. Es la emoción ante la buena noticia inesperada. De hecho, basta la sola posibilidad de un error de predicción de recompensa para que la dopamina entre en acción.»

«[...] Es como si te hubieras enamorado de la cafetería. Sin embargo, a veces, cuando conseguimos lo que queremos, no es tan agradable como esperábamos. El entusiasmo dopaminérgico (es decir, la emoción ante la expectación) no dura eternamente, porque

con el tiempo el futuro se convierte en el presente. El misterio emocionante de lo desconocido pasa a ser la aburrida familiaridad de lo cotidiano, momento en que la dopamina ya ha hecho su trabajo, y se instala la desilusión. El café y los cruasanes estaban tan buenos que detenerse en la pastelería es ahora habitual. Pero, pocas semanas después, "el mejor café y cruasán de la ciudad" pasó a ser el mismo desayuno de siempre. Sin embargo, no fueron el café y el cruasán lo que cambiaron, fueron tus expectativas.»

«[...] La novedad que provoca que la dopamina se active no dura eternamente. Cuando se trata de amor, la desaparición del romance apasionado siempre se producirá tarde o temprano, y luego llega el momento de elegir. Podemos pasar a un amor que se alimenta del aprecio diario por la otra persona en el aquí y ahora o podemos poner fin a la relación e ir en busca de otra montaña rusa de emociones. Elegir el chute dopaminérgico cuesta poco, pero se acaba enseguida, como el placer de comerse un pastelito. El amor duradero pone más el acento en la experiencia que en la expectación; se pasa de la fantasía de que todo es posible al compromiso con la realidad y todas sus imperfecciones. La transición es difícil, y cuando el mundo nos ofrece una salida fácil a una tarea difícil tendemos a cogerla. Por eso, cuando cesa la activación de la dopamina al principio de un romance, muchas relaciones también llegan a su fin. El enamoramiento es una vuelta en un tiovivo que se encuentra en la base de un puente. Este tiovivo puede darte vueltas y más vueltas en un bonito viaje tantas veces como quieras, pero siempre te dejará en el lugar de partida. Cada vez que la música se detiene y tienes de nuevo los pies en el suelo, debes tomar una decisión: dar otra vuelta o cruzar ese puente hacia otro tipo de amor más duradero.»



¿Hasta dónde vas a llegar?

En donde la dopamina nos impulsa a superar la complejidad, la adversidad, la emoción y el dolor para que podamos controlar nuestro entorno.

«[...] La dopamina del deseo hace que queramos cosas. Es la fuente del deseo puro: dame más. Pero no estamos a merced de nuestro deseo. Tenemos también un circuito dopaminérgico complementario que calcula qué tipo de "más" merece la pena tener. Nos proporciona la facultad de diseñar planes para elaborar estrategias y dominar el mundo que nos rodea con el fin de conseguir lo que queremos. [...] la dopamina que se mueve por distintos circuitos cerebrales da lugar a funciones distintas y a la vez dirigidas a un fin común: un interés implacable en mejorar el futuro. [...] Por ejemplo, un joven está pensando en comprar su primer coche. Si lo único que tuviera fuese dopamina del deseo, compraría el primero que le llamara la atención. Pero, como también tiene dopamina del control, puede refinar ese impulso.»

«[...] Cuando unos investigadores del Instituto Psiquiátrico del estado de Illinois inyectaron un fármaco que estimulaba la dopamina en macacos rabones, observaron un aumento de los gestos de sumisión, como chasquear los labios, hacer muecas (la versión de sonreír en el macaco) y extender el brazo hacia otro macaco para darle un mordisco suave. A simple vista, esta reacción no tiene sentido. ¿Por qué la dopamina, el neurotransmisor del dominio, desencadenaría una conducta sumisa? ¿Hay una contradicción aquí? En absoluto. En el circuito del control, la dopamina impulsa el dominio del medio, no necesariamente de las personas que hay en él. La dopamina quiere más, y no le importa cómo conseguirlo. De forma moral o inmoral, dominante o sumisa, a la dopamina le da lo mismo, siempre que dé lugar a un futuro mejor. Pensemos en un espía destinado a un país hostil que intenta acceder a un edificio gubernamental. Mientras merodea por un callejón, se tropieza con el conserje. El espía lo trata de igual a igual, quizá incluso como a su superior, con el fin de obtener su colaboración, una conducta sumisa encaminada a dominar el medio y lograr su objetivo.

La conducta sumisa puede tener connotaciones negativas —dejar que la gente “te pisotee”, por ejemplo—, pero el alcance de esta conducta va mucho más allá. En la sociedad moderna, la conducta sumisa a menudo es signo de un nivel social alto; piensa en el cumplimiento estricto de los modales, la especial atención a las convenciones sociales y, en la conversación, la deferencia hacia los demás forman parte integral del comportamiento de la llamada “élite”. El nombre común para esta conducta es cortesía, que deriva de la palabra corte porque era el comportamiento que adoptaba originalmente la nobleza. En cambio, una conducta dominante, que representa lo contrario de la cortesía, puede tener su origen en la inseguridad personal o en una educación incompleta. La planificación, la tenacidad y la fuerza de voluntad por medio del esfuerzo personal o en colaboración con los demás son las maneras con las que la dopamina del circuito del control nos permite dominar nuestro medio.»

«[...] La dopamina, un neurotransmisor, es la fuente del deseo (a través del circuito del deseo) y la tenacidad (a través del circuito del control); la pasión que señala el camino y la fuerza de voluntad que nos lleva hasta allí. Por lo general, ambos trabajan juntos, pero cuando el deseo se obsesiona con cosas que a la larga nos harán daño —un trozo más de pastel, una aventura extramatrimonial o una inyección en vena de heroína—, la fuerza de voluntad dopaminérgica se transforma y lucha con su circuito complementario. La fuerza de voluntad no es el único instrumento que la dopamina del control tiene en su arsenal cuando necesita oponerse al deseo. También puede usar la planificación, la estrategia y la abstracción, por ejemplo, la capacidad para imaginar las consecuencias a largo plazo de las diversas alternativas. Pero cuando necesitamos resistir a los impulsos perjudiciales, la fuerza de voluntad es el primer instrumento del que echamos mano. Y resulta que eso podría no ser una buena idea. La fuerza de voluntad puede ayudar a un alcohólico a decir no a una copa una vez, pero es probable que no sirva si tiene que decir no una y otra vez durante meses o años. La fuerza de voluntad es como un músculo. Se fatiga con el uso y, tras un periodo relativamente breve, se agota.»



4

CREATIVIDAD Y LOCURA

Los riesgos y las recompensas de un
cerebro muy dopaminérgico

En donde la dopamina rompe las barreras de lo común.

«[...] La creatividad es la máxima expresión del cerebro. Los trastornos mentales son lo contrario. Reflejan un cerebro que lucha por gestionar incluso las dificultades más habituales de la vida cotidiana. Tanto la locura como la genialidad, lo peor y lo mejor que el cerebro puede hacer, dependen de la dopamina. Debido a su conexión química básica, la locura y la genialidad están más estrechamente relacionadas entre sí que cualquiera de ellas con la forma normal en la que funciona el cerebro. ¿De dónde proviene esta conexión y qué nos dice acerca de la naturaleza esencial de ambas? Empecemos con la locura.»

«[...] La esquizofrenia es una forma de psicosis caracterizada por la presencia de alucinaciones y delirios. Las alucinaciones pueden hacer que una persona vea cosas que en realidad no están ahí, sentir su tacto e incluso olerlas. El tipo más habitual de alucinación es la auditiva, oír voces. Las voces pueden hablar de la conducta de la persona. Puede haber también más de una voz en la conversación sobre la persona. A veces son alucinaciones de mandato. De vez en cuando, las voces son amistosas y alentadoras. Las alucinaciones amistosas son las menos propensas a desaparecer, lo cual quizá sea lo mejor. En general, influyen positivamente. Otro componente de la psicosis son los delirios. Son creencias fijas que se contradicen con la visión de la realidad aceptada generalmente, como “los extraterrestres me han implantado un chip en el cerebro”. Los delirios se producen con una certeza absoluta, un nivel de certeza que rara vez se experimenta con ideas no delirantes.»

«[...] ¿De dónde, de hecho, proceden estas ideas? Una pista nos la da lo que sabemos sobre cómo tratar la esquizofrenia. Los psiquiatras recetan medicamentos llamados antipsicóticos que reducen la actividad en el circuito del deseo de la dopamina. A primera vista, parece extraño. La estimulación del circuito del deseo suele llevar a la emoción, el deseo, el entusiasmo y la motivación. ¿Cómo puede un exceso de estimulación causar psicosis? La respuesta está en el concepto de prominencia, un fenómeno que desempeña asimismo un papel fundamental para comprender las raíces de la creatividad.»

«[...] Las cosas son prominentes cuando son importantes para ti, cuando pueden afectar a tu bienestar, para bien o para mal. Las cosas son prominentes si pueden afectar a tu futuro. Las cosas son prominentes si pueden desencadenar la dopamina del deseo.

Transmiten el siguiente mensaje: “¡Despierta! Presta atención. Emociónate. Esto es importante”».

«[...] ¿Qué pasa, sin embargo, si la función de prominencia del cerebro falla, si se desconecta incluso cuando no sucede nada verdaderamente importante para ti? Imagina que estás viendo las noticias. El presentador está hablando de un programa de espionaje del Gobierno y, de pronto, sin motivo alguno, se activa tu circuito de la prominencia. Podrías pensar entonces que esta historia de las noticias tiene algo que ver contigo. Demasiada prominencia, o ninguna en absoluto en el momento equivocado, puede crear delirios. El detonante pasa de la nada a cobrar importancia. Un delirio común entre personas con esquizofrenia es que la gente de la televisión les habla directamente a ellos. Otro es que son el blanco de una investigación de la Agencia de Seguridad Nacional.»

«[...] En muchas ocasiones los sueños tratan sobre temas futuros, a veces en forma de búsqueda de alguna meta deseada con intensidad que está siempre fuera de nuestro alcance. Los sueños, abstractos y separados del mundo real de los sentidos, son dopaminérgicos. Freud denominó “proceso primario” a la actividad mental que tiene lugar en los sueños. Es desorganizado, ilógico, creado con independencia de las limitaciones de la realidad y motivado por deseos primitivos. El proceso primario también se ha usado para describir el proceso de pensamiento observado en personas con esquizofrenia. Como escribió el filósofo alemán Arthur Schopenhauer: “Los sueños son una breve locura y la locura, un largo sueño”. Durante el sueño se da rienda suelta a la dopamina, que se libera de la influencia restrictiva de los neurotransmisores del aquí y ahora orientados a la realidad. La actividad en los circuitos del aquí y ahora se inhibe porque se impide que la información sensorial del mundo exterior entre en el cerebro. Esta libertad permite a los circuitos dopaminérgicos crear conexiones peculiares, que son el sello distintivo de los sueños. Lo trivial, lo desapercibido y lo extraño pueden elevarse hasta posiciones destacadas, aportándonos nuevas ideas que, de lo contrario, habría sido imposible descubrir.»

«[...] La música y las matemáticas van de la mano porque a menudo unos niveles altos de dopamina vienen en el mismo lote: si eres muy dopaminérgico en un campo, tienes muchas probabilidades de serlo en otros. Los científicos son artistas y los músicos son matemáticos. Pero hay un inconveniente. A veces tener mucha dopamina es un lastre. Unos niveles altos de dopamina inhiben el funcionamiento de los neurotransmisores del aquí y ahora, por lo que a las personas brillantes no se les suelen dar bien las relaciones humanas. Necesitamos empatía del aquí y ahora para entender qué pasa por la mente de otras personas, una habilidad fundamental para la interacción social. El científico al que conoces en un cóctel no dejará de hablar de sus investigaciones porque no sabe lo mucho que te aburres. En la misma línea, Albert Einstein dijo en una ocasión: “Mi sentido apasionado de la justicia social y la responsabilidad social siempre ha contrastado de manera extraña con mi acentuada falta de necesidad de contacto directo con otros seres humanos”. Y: “Amo a la humanidad, pero odio a los seres humanos”.»

«[...] Basándose en las pruebas, parece probable que Newton tuviera unos niveles altos de dopamina que contribuyeron a su genialidad, sus problemas sociales y su brote psicótico. Y no es el único. Se cree o se sabe que muchos artistas, científicos y dirigentes

empresariales brillantes han tenido trastornos mentales. Entre ellos están Ludwig van Beethoven, Edvard Munch, Vincent van Gogh, Charles Darwin, Georgia O'Keeffe, Sylvia Plath, Nikola Tesla, Vaslav Nijinsky, Anne Sexton, Virginia Woolf, el maestro del ajedrez Bobby Fischer y muchos otros. La dopamina nos proporciona el poder de crear. Nos permite imaginar lo irreal y conectar entre sí cosas que aparentemente no tienen ninguna relación.»

«Nos permite construir modelos mentales del mundo que van más allá de la mera descripción física y de las impresiones sensoriales para descubrir el sentido profundo de lo que experimentamos. Entonces, como un niño que derriba una torre de cubos, la dopamina destruye sus propios modelos para que podamos empezar de nuevo y encontrar un nuevo sentido a lo que antes nos era familiar. Pero ese poder tiene un precio. Los hiperactivos sistemas dopaminérgicos de los genios creativos los exponen al riesgo de padecer trastornos mentales. A veces, el mundo de lo irreal atraviesa sus límites naturales y provoca paranoia, delirios y el entusiasmo febril de la conducta maníaca. Además, el aumento de la actividad dopaminérgica puede arrollar a los sistemas del aquí y ahora, entorpeciendo la capacidad individual para establecer relaciones humanas y desenvolverse en el mundo real cotidiano.»



Por qué no podemos llevarnos bien

En donde aprendemos cómo los superpoderes y los desinfectantes para las manos afectan a nuestra ideología política.

« [...] En abril de 2002, el American Journal of Political Science publicó un informe de investigación: "Correlation not Causation: The Relationship Between Personality Traits and Political Ideologies". Estaba escrito por un grupo de investigadores de la Universidad de la Mancomunidad de Virginia que estudiaron la relación entre las creencias políticas y los rasgos de personalidad. Hallaron que estaban conectados y que esa conexión podría atribuirse a los genes. Durante la investigación, observaron que algunos rasgos de personalidad estaban asociados con los liberales y otros con los conservadores.»

«[...] Según el estudio, eran los liberales, no los conservadores, quienes eran manipuladores, tenaces y prácticos. Y eran los conservadores, no los liberales, quienes tendían a ser altruistas, sociables, empáticos y convencionales.»

«[...] Las características que el estudio al final asoció con los liberales —asumir riesgos, búsqueda de sensaciones, impulsividad y autoritarismo— se corresponden con una dopamina alta. Pero ¿tienden en realidad las personas dopaminérgicas a apoyar las políticas liberales? Parece ser que la respuesta es sí. Los liberales acostumbran a referirse a sí mismos como progresistas, un término que implica una mejora constante. Los progresistas aceptan el cambio. Imaginan un futuro mejor y, en algunos casos, incluso creen que la combinación adecuada de tecnología y políticas públicas puede acabar con problemas fundamentales de la condición humana como la pobreza, la ignorancia y la guerra. Los progresistas son idealistas que usan la dopamina para imaginar un mundo mucho mejor que el que habitamos en la actualidad. El progresismo es una flecha que apunta hacia delante.

«Por otro lado, la palabra conservador implica el mantenimiento de lo mejor que hemos heredado de quienes nos precedieron. Los conservadores a menudo sospechan del cambio. No les gustan los expertos que intentan hacer que la civilización avance diciéndoles lo que tienen que hacer, aunque sea por su propio bien; por ejemplo, las leyes que exigen a los motoristas llevar casco o los reglamentos que fomentan una alimentación saludable. Los conservadores desconfían del idealismo de los progresistas y lo critican por considerarlo un intento imposible de crear una utopía perfecta, un intento que es más probable que lleve a un totalitarismo en el que las élites dominen todos los aspectos de la vida pública y privada. A diferencia de la flecha del progresismo, el conservadurismo se representa mejor con un círculo.»

«[...] Para analizar la cuestión de la inteligencia relativa de liberales y conservadores, Satoshi Kanazawa, científico de la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres, examinó a un grupo de hombres y mujeres que habían hecho test de inteligencia cuando estaban en el instituto. Se hizo un promedio de las puntuaciones según la ideología política y surgió una tendencia muy clara. Los liberales tenían puntuaciones más altas que quienes se describían como “moderados”, y la evolución mantenía un descenso continuo hasta quienes se describían como “muy conservadores”. Con una escala de 100, que representaba el promedio, los adultos muy liberales tenían un coeficiente intelectual de 106, mientras que los muy conservadores, de 95.»

«[...] Lo que sucede es que, al igual que Albert Einstein, puede que los liberales se sientan más a gusto centrándose en la humanidad que en los humanos. Los liberales abogan por leyes que ayuden a los pobres. En comparación con la caridad, la legislación tiene más una postura de no intervención ante el problema de la pobreza. Esto refleja una diferencia de criterio que ya hemos observado con frecuencia: las personas dopaminérgicas están más interesadas en la acción a distancia y la planificación, mientras que las personas con niveles altos de neurotransmisores del aquí y ahora tienden a prestar atención a cosas al alcance de la mano. En este caso, el Gobierno actúa como el agente de la compasión liberal y, asimismo, como mediador entre el benefactor y el

beneficiario. Los recursos para los pobres provienen de organismos públicos financiados en conjunto por millones de contribuyentes individuales.»

«[...] La preferencia por un contacto cercano y personal que lleva a los conservadores a adoptar una postura de no intervención para ayudar a los pobres también hace que sean más propensos a establecer relaciones monógamas duraderas. El New York Times publicó que “pasar la infancia en casi cualquier parte del Estados Unidos azul, sobre todo en bastiones liberales como Nueva York, San Francisco, Chicago, Boston y Washington, hace que las personas tengan un 10 % menos de probabilidades de casarse con respecto al resto del país”. Además, cuando los liberales se casan, son más propensos a engañar.»

«[...] Los conservadores tenían menos relaciones sexuales que los liberales, probablemente porque los primeros son más propensos a tener relaciones de compañerismo en las que la oxitocina y la vasopresina inhiben la testosterona. Aunque el sexo pueda ser menos frecuente, las probabilidades de que ambos miembros de la pareja alcancen el orgasmo son mayores.»

«[...] Si eres muy dopaminérgico, como tienden a serlo los escritores, los artistas y los músicos, la parte más importante del sexo seguramente tiene lugar antes del acto principal. Es la conquista. Cuando un objeto del deseo imaginario se convierte en una persona real, cuando la esperanza se sustituye por la posesión, la función de la dopamina llega a su fin. La emoción ha desaparecido, y el orgasmo es decepcionante.»

«[...] Por último, como cabría esperar al comparar a los liberales (con sus altos niveles de dopamina) con los conservadores (con sus altos niveles de neurotransmisores del aquí y ahora), estos últimos son más felices que los liberales. Un sondeo de Gallup realizado entre 2005 y 2007 reveló que el 66 % de los republicanos estaban muy satisfechos con su vida, frente a un 53 % de los demócratas. El 61 % de los republicanos se consideraban muy felices, pero menos de la mitad de los demócratas podían decir lo mismo. Del mismo modo, las personas casadas eran más felices que las solteras, y quienes iban a la iglesia eran más felices que quienes no iban.»

PENÍNSULA

Para ampliar información, contactar con:

ANDREU SITJÀ I OLIVA (Comunicación Área de Ensayo)
asitja@planeta.es | 682 69 63 61